

## FRANCISCO P. MORENO

Discurso pronunciado por el doctor Ernesto Quesada, en representación del Instituto histórico y geográfico del Brasil en la ceremonia conmemorativa de Moreno, fundador del museo de La Plata, el lunes 19 de noviembre de 1923.

Señores:

El Instituto histórico y geográfico del Brasil me ha distinguido con su representación en este acto — piadoso y solemne — de gratitud póstuma al primer director del museo de La Plata. Debo este encargo, sin duda, a la casualidad de ser hoy el más antiguo miembro correspondiente del Instituto en la Argentina: simple y modesto privilegio de la edad, es cierto, pero que me permite desahogar el corazón haciendo aquí, al amigo y coetáneo para siempre ido, salva con honras en nombre de aquella ilustre corporación brasilera que, en su país y en toda la América latina, encarna desde 1839 el centro intelectual más proficuo, por su no interrumpida actuación y el centenar de tomos de su soberbia *Revista*, llenos de trabajos notabilísimos. Su actual presidente perpetuo, mi noble amigo de la juventud, Affonso Celso, lo caracteriza diciendo: "saturado de espíritu conservador — espíritu definido por alguien como el órgano de la responsabilidad y cautela, en la sociedad humana — asilo y custodia reverente del alma nacional, guardián de la civilización y campeón de su continuidad, es igualmente activo preparador de las vías de progreso, ley suprema de vida, pues promueve y cultiva el estudio, acogiendo jubilo todo nuevo pensamiento elevado". De ahí la importancia singular del Instituto, que vale de oro lo que pesa, pues es la academia más ilustre de todo el continente por su antigüedad

y la excelencia de sus trabajos, constituyendo su recordada *Revista* una de las fuentes más valiosas de historia americana, indispensable en la biblioteca de todo estudioso.

---

Y es para mí doblemente grato el encargo recibido, por cuanto estoy personalmente ligado a este museo y a su primer director con el gratisimo recuerdo de haber asistido a la gestación de la idea misma de su fundación, debida a mi padre, Vicente G. Quesada, cuando era ministro de gobierno de la provincia de Buenos Aires. En efecto: en la *Memoria* presentada a la legislatura en mayo 1.º de 1877, decía aquél lo siguiente: "Si el tesoro público lo permitiese, os propondría la creación de un museo de antigüedades americanas, para guardar en él las curiosidades arqueológicas y antropológicas que se descubren en nuestros territorios, todavía inexplorados: restos de razas extintas, vestigios de un pasado perdido y cuyas reliquias, clasificadas científicamente, servirían para la solución de complicados problemas. Hago votos porque esta institución pueda crearse, cuya base podría ser el museo formado por el atrevido explorador don Francisco P. Moreno: lo que ha hecho el interés individual en favor de la ciencia, podría hacerlo con más amplitud la autoridad".

Era yo entonces, desde 1875, oficial de la Biblioteca pública — hoy nacional, de la Capital Federal — y de la cual, en la fecha a que me refiero, desempeñaba la dirección interina, habiendo presentado las *Memorias* de 1876 y 1877. Acompañé en tal carácter a mi padre — a cuyo lado andaba siempre — en la visita que, a principios de abril de 1877, hizo a la vieja quinta de la familia Moreno, en el histórico barrio de la Residencia, y en la cual el entonces joven aficionado Francisco P., había reunido las colecciones de cráneos recogidos un año antes, durante su ruidoso y audaz viaje a la Patagonia, del cual los diarios habían publicado reseñas novelescas. El propósito de la visita era cabalmente el de ver cómo podía

ayudarse al entusiasta y aplaudido explorador, declarándose en su favor y guiándolo en sus caminos, pues su propio padre, muy amigo del mío, se empeñaba en tal sentido. La colección se encontraba tras siete llaves en un pequeño galpón, que tenía una división en una de sus extremidades: allí Moreno había instalado su alcoba y vivía como un anacoreta — malgrado haber poco hacía alcanzado su mayoría — entregado a clasificar lo recogido, de todo lo cual después dió cuenta en su obra: *Viaje a la Patagonia austral* (B. A., 1879). Mi padre — como solución satisfactoria para todos — sugirió la idea de donar a la provincia dichas colecciones, y prometió que, en cambio, el gobierno solicitaría de la legislatura la creación de un museo, nombrándolo director perpetuo con un sueldo adecuado para que pudiera continuar sus estudios y expediciones. Poco después en carácter oficial, y aun antes de que el valiente explorador se resolviera a verificar la donación, insinuó tal pensamiento en la forma antes indicada. Moreno hizo en seguida la propuesta, liberal y graciosamente, de acuerdo con lo convenido; entonces el ministro elevó en julio 21 un mensaje a la legislatura: “digno y patriótico es el pensamiento de este atrevido viajero — decía — y el P. E. cree que merece aceptar su donación y las condiciones en que la hace”; en consecuencia pedía la sanción de una ley que, al aceptar tal donación, creara el museo antropológico y arqueológico. La ley se sancionó en octubre 8 de 1877 y mi padre se apresuró a hacerla promulgar en 17 de dicho mes. Por ella la provincia aceptaba la donación de las colecciones y asignaba al donante, como director y único empleado del flamante museo, el sueldo de \$ 5000 m/c. mensuales; el objeto era que recibiera dicha subvención para continuar sus exploraciones en la Patagonia, enriqueciendo la nueva institución con todo lo que recogiera. Mi padre hizo sin tardanza reducir a escritura pública la entrega de todo, y por decreto de noviembre 13 le nombró director, ordenando que conservaran las colecciones, “por ahora y con arreglo a las condiciones de la donación, en el edificio propiedad de la familia del donante”. Más todavía: con antici-

pación y presintiendo que en la legislatura, a causa de la difícil situación económica de entonces, la idea tropezaría con viva oposición—cual sucedió, como se nota en la discusión de la Cámara: sesión de agosto 8; y en la del Senado: sesión de octubre 2—y que, en consecuencia, no se votaran fondos en la medida necesaria, deseoso mi padre de que el museo se abriera al público de alguna manera lo más pronto posible, se le ocurrió pedir el concurso privado de personas altruistas, y convino con Moreno en que éste propusiera, en su presentación, la constitución de una “Sociedad protectora del museo antropológico y arqueológico de Buenos Aires”, con el exclusivo objeto de fomentar las colecciones y biblioteca del mismo por medio de adquisiciones y donaciones, costear las publicaciones de sus *Anales* y hacer frente a los gastos indispensables para instalar, abrir y sostener el museo; oficialmente aprobó los estatutos de dicha entidad, por decreto de igual fecha al del nombramiento de director. La curiosa sociedad—formada aceleradamente en el mes escaso transcurrido entre la promulgación de la ley y el nombramiento de director—reunió con mesura los necesarios fondos, logró instalar a los pocos meses el museo en un local central, abriéndolo al público en agosto 1.º de 1878 y costó los gastos de empleados subalternos y otros, como ser los muebles, estantes, etc. Debido a ese esfuerzo, pronto el público se dió cuenta de la importancia de la nueva creación.

Todavía más: mi padre indicó a Moreno—cuya preparación universitaria era deficiente, dado su carácter típico de autodidacta, si bien de vocación científica decidida—que debía hacer un viaje de estudio a Europa, pero de incógnito, para llenar los vacíos de su preparación académica, pues en el país y dada su calidad de director del museo, ello no le sería fácil; aceptó aquél la idea, indicando que previamente quería publicar su *Viaje a la Patagonia*. Esto lo verificó en 1879, y al año siguiente—existiendo ya desde el anterior, por presupuesto, el personal correspondiente para atender el museo—se trasladó con ese objeto a París. Me encontraba yo entonces allí cursan-

do derecho en la universidad; nos pusimos al habla, y Moreno trazó un plan metódico para asistir a una serie de cursos, todos ellos fundamentales, pues los consideraba indispensables, ya que en Buenos Aires había descuidado practicar a tiempo dichos estudios. Reconocía lealmente la necesidad de labrar sólidos cimientos, pues mi padre le había repetidas veces inculcado la necesidad de rehacer su preparación a mazo y escoplo, a machamartillo, porque de lo contrario equivalía a levantar casa sobre arena o construir pilares con paja, o fabricar torres de viento... Pero el hombre propone y la casualidad dispone: guardaba estrictamente el incógnito, mas un día que asistimos juntos a una clase de antropología del profesor Broca, éste, intrigado quizá por la regularidad con que veía allí a Moreno, lo hizo llamar a la salida, con el resultado de que al saber aquél que se trataba nada menos que del director de un museo antropológico y arqueológico, le resultó a éste imposible pasar en adelante desapercibido; y tuvo así que negar su propia voluntad y renunciar a su propósito de rehacer metódicamente los fundamentos de su preparación, pues en seguida le reclamaron colaboración las revistas especialistas francesas, órganos de la sociedad de antropología y de la de geografía, además de la revista de etnografía de París, relacionándose con los hombres de ciencia más prominentes y no pudiendo substraerse a la natural serie de invitaciones sociales, deseosas de festejar al "sabio" exótico!

No es mi propósito historiar las vicisitudes del museo: ese es un vacío que ciertamente llenará algún día su dirección, pues Moreno fué parco en lo relativo a la época primera y se contentó con reproducir sólo algunos documentos en la *Revista*, omitiendo no pocos, como los relativos a la interesantísima sociedad protectora que ha sido una institución única en nuestro país, ya que se cotizó desinteresadamente para instalar y sufragar los gastos del incipiente museo, sosteniéndolo mientras careció de presupuesto oficial; en la primera *Memoria* al gobierno, en marzo 21 de 1879, decía aquél que los progresos en 1878, "no han sido importantes, a causa de los

pocos elementos de que se ha dispuesto; esta falta de medios ha sido subsanada en parte con la ayuda de la sociedad protectora del establecimiento, con lo cual ha sido éste instalado en el local que hoy ocupa y cuyo alquiler se paga con las entradas de dicha sociedad, la que también ha costeado el sueldo del portero y todos los demás gastos que se han efectuado durante el año transcurrido". Pero ha recordado en otra ocasión con encomio la iniciativa de mi padre, a cuyo tenaz empeño se debió la donación de las colecciones, la creación del museo y la formación de la sociedad protectora del mismo; "el ministro de gobierno, que lo era entonces el distinguido americanista Vicente G. Quesada — dice Moreno en la *Revista* — había expresado ante la legislatura la conveniencia de la creación de un museo de antigüedades americanas... , y agregado que su base podría ser el formado por mí... ; acepté inmediatamente esta idea, que se adelantaba a la mía, nacida al coleccionar tantas piezas de valor, que creía que no deberían permanecer en manos de un particular... , e hice con vivo placer donación de todo: de esa donación resultó la fundación del museo". Interesante es recordar que cuando se abrió al público, en la forma antes indicada, el primer donante fué el general Mitre, remitiendo 5 vasos peruanos; las colecciones ocupaban entonces apenas 14 estantes, pero Moreno se apresuró a enviar a la exposición universal de París de ese año un hermoso álbum fotográfico, reproduciendo lo más importante de dichas, casi únicas, colecciones: "el álbum — dice en su informe oficial de abril 30 de 1880 — causó general asombro en el mundo de los sabios, pues algunos de los cráneos patagónicos prehistóricos tenían formas semejantes a las de los antiguos habitantes de Europa, que vivieron hace mil siglos, y ese descubrimiento era más notable porque no se basaba en un solo objeto, sino en decenas de ellos". De manera que el incipiente museo vino a ser conocido y apreciado en el mundo científico aun antes de que el público argentino y los mismos estudiosos de nuestro país se dieran cuenta de su existencia.

---



Los rasgos salientes de la personalidad de Moreno—puesto el sello sobre el corazón—son, pues, su vocación científica decidida y el carácter evidente de su formación autodidacta, con todas las ventajas e inconvenientes de esa preparación *extra universitatem*. Todos los trabajos de Moreno, durante su vida entera, están marcados con esa marca y llevan ese doble inconfundible sello: su vocación resuelta le infundió una energía que no conocía obstáculos y su formación autodidacta lo llevó a rodearse de especialistas, de preparación metódica y sólida, para todos los trabajos que emprendiera dentro y fuera del museo, o en el ejercicio de su cargo de perito en la cuestión de límites, como en todo lo que se confiaba a su dirección. Andaba barriando con los ojos rincones y en dirigir todo bien ponía la proa y el intento: hacía ejecutar por técnicos lo que su intuición sentía que estaba por venir, vigilaba tenacísimamente que ello se hiciera lo mejor posible y resplandeciera como obra milagrosa; era, en tal sentido, un director ideal de museo. Su propia producción científica fué poco a poco reduciéndose a lo indispensable, hasta casi deliberadamente meterse en un puño, porque concentró su pensamiento y voluntad en dirigir con energía los trabajos, escoger bien sus colaboraciones, infundirles en todo momento espíritu de cuerpo y vigilar celosamente la ejecución de sus tareas. Era realmente eximio general en jefe de un ejército bien disciplinado y con ejemplar entrenamiento: puso de una vez las leyes y mandamientos a todas las cosas, y a cada uno señaló el orden de lo que había de hacer; a todos tenía debajo de su imperio y quiso hacer en todo la jornada de cabeza; era el alma misma del museo, el inspirador de sus exploraciones, el instigador de los trabajos de sus jefes de sección y quien hacía converger los esfuerzos aislados y un propósito común, sin jamás perder de vista el adelanto de la ciencia nacional.

Después de la creación de la universidad nacional de La Plata—un tanto alejado de la índole estrictamente científica de las tareas del museo por causa de su larga dedicación a la pericia de límites y su ingreso a la vida política como dipu-

tado al congreso—prefirió apartarse de la dirección, no obstante su derecho al cargo vitalicio. Como yo le manifestara mi asombro por ese alejamiento, díjome: “La dirección de un museo semejante exige tiránicamente la dedicación exclusiva de la vida entera: así lo concebí y ejecuté hasta que el gobierno reclamó mi colaboración patriótica en la cuestión de límites. Es cierto que he prestado en esto un servicio grande a mi patria, consagrándole cuanto en tal sentido pude idear y ejecutar, pero reconozco que eso me ha desviado de las tareas de aquella dirección y me he visto impedido de continuar vigilando el desenvolvimiento del museo al principio. Y esa solución de continuidad en mi actuación ya no admite enmienda: debo cargar con sus consecuencias. Dejo en la instalación del museo, en las colecciones reunidas, en el personal organizado, en la *Revista* y los *Anales*, la prueba de que mi paso no ha sido estéril, pero la exigente conciencia reclama mi eliminación, porque considero que debe reemplazarme quien esté resuelto a dedicarse por entero a la tarea, sin reato de género alguno; si me fuera dado a mí hacerlo todavía así ahora, como me fué antes posible verificarlo, ciertamente no abandonaría mi puesto de lucha. Y habría circunscripto cada vez más mi actuación a dirigir la labor conjunta del museo y sacrificar, en la medida de lo necesario, la propia producción: el ejemplo de Burmeister, absorbido por sus personalísimos trabajos y convirtiendo al museo de la capital en exclusivo laboratorio para sus fines especiales, demuestra elocuentemente que, para el país y para la institución científica confiada a su dirección, habría sido preferible que fuera más director que sabio investigador. A los especialistas debe dárseles la oportunidad de dedicarse a sus investigaciones con toda amplitud, pero fuera de la dirección de estos establecimientos, que sufren de la exclusividad del sabio, olvidado de todo lo que no se encuentre en la zona visual que forzosamente limitan las anteojeiras de toda especialidad. De ahí que, consecuente con esta convicción, haya preferido ser verdadero director antes que investigador especialista. Ahora bien; amo al museo, como creación mía,



por sobre todas las cosas y ambiciono que se convierta en una institución que atraiga y concentre la atención del mundo científico: le he dado ya lo mejor de mi vida; ahora deben venir otros y ampliar y completar la tarea". Y hoy, al inaugurar su busto y hacer a su memoria larga y benigna ofrenda, paréceme volver a oír esas proféticas palabras, pues el espíritu que anima al museo es el que soñaba Moreno, desde que dirección y personal se esmeran en propender al engrandecimiento del mismo y la emulación sirveles de espuela para el mayor éxito de sus trabajos. Se diría, pues, que el alma de aquél vaga invisible por los más recónditos meandros de esta casa...

---

Y este es el mayor elogio que cabe hacer de la actual dirección del museo, que retoma así la gloriosa tradición de su fundador, después del paréntesis principalmente conservatorio en que las circunstancias obligaron al director anterior, mi venerado amigo Lafone Quevedo, a consentir aun contra la propia voluntad. Los que me escuchan acaban de recorrer las salas del soberbio establecimiento y se han dado ciertamente cuenta de sus colecciones: en mi opinión—si bien confieso ser profano en materia semejante—la sección paleontológica, casi no representada al fundarse el museo, hoy se ha puesto a la altura de la antropológica y de la arqueológica, y aun las ha sobrepasado, confirmando la exactitud de la fama de ser este el primer museo del mundo en paleontología. Ha querido la casualidad que haya tenido oportunidad de visitar casi todos los museos del extranjero, sea de Europa, de América o Australia, y puedo declarar que me ha llenado siempre de orgullo, como argentino, que por doquier se reconozca esta primacía del museo platense. Poseemos así una joya inapreciable y los sabios del universo tienen que peregrinar a estudiar en las salas de este establecimiento los restos únicos de animales desaparecidos. Sólo falta ahora que el actual director, Dr. Torres, cuyo celo por emular

la obra directorial de Moreno es visible, realice el ideal de preparar pronto una guía metódica que permita al visitante darse cuenta fundada de las riquezas científicas que aquí se custodian, y que reanude a la vez la interrumpida publicación de los soberbios *Anales*, dando en sus páginas preferencia a la descripción técnica de las maravillas confiadas a su inteligente custodia. Tal misión — por discretamente modesta que parezca — basta para la gloria de un hombre: y para ello sólo es menester tener siempre presente el espíritu del ilustre creador de tan descollante institución argentina.

Por eso el Instituto histórico y geográfico del Brasil ha querido asociarse a este severo acto de justicia, precisamente porque se trata de una personalidad que sirve de modelo a las generaciones siguientes, siendo deber de todos reconocer el mérito ajeno y hacer ilustre su nombre, emularlo en sus esfuerzos e inspirarse en su tradición y ejemplo. Y por ello la más alta institución intelectual de Sud América saluda respetuosa la memoria del fundador y organizador del museo de historia natural quizá más importante de ambas Américas y — por lo menos en paleontología — el primero del mundo entero!